

# Sobre nuestra identidad

Desde hace varios meses vengo (venimos) asistiendo a una agria polémica en torno al nombre de nuestra lengua, a la identidad de nuestra cultura e, incluso, a nuestra independencia política y económica. Polémica necesaria, quizás, para la recuperación de nuestras extrañadas "señas de identidad", pero polémica, por otra parte, en la que no pocas veces se mezcla la razón con ese ingrediente antagónico que es la pasión, cuando no con otros menos limpios, menos confesables.

Nuestro pueblo está, no lo olvidemos, políticamente enfermo o, como máximo, convaleciente. Padecemos, o acabamos de padecer una zafia desconfianza en la democracia (que es como decir en nosotros mismos), y un centralismo feroz que la Dictadura nos inculcó durante decenios. Por ello es preocupante que, cuando todavía adolecemos de una tremenda falta de formación política, y cuando buena parte de la estructura social del país conserva todavía la inercia que le imprimió el General, hombres y mujeres se lancen a opinar de buenas a primeras sobre nuestra realidad como pueblo, sobre todo aquello que, hasta hace un momento, fue reprimido y pisoteado. En una democracia la opinión es libre (y necesaria), desde luego, pero la misma razón de ser de la democracia nos obliga a ser mucho más prudentes.

Pienso, desde luego, en las muchas personas que opinan de buena fe, y en esa bella reacción apasionada, aunque peligrosa a veces, que produce el descubrimiento de la libertad. Pero pienso también en los grupos y en las personas que manipulan nuestra buena fe y que durante años callaron, cuando no apoyaron decididamente a los enemigos del pueblo. Bien, yo no puedo cambiar a los que engañan a sabiendas, a ese que, para establecer un paralelismo con el "búnker barraqueta" de Valencia, podríamos aquí llamar "búnker ensaimada". Puedo, en cambio, ayudar con mi reflexión a los que, como yo, no obtienen beneficios de sus opiniones.

Reflexionemos, pues.

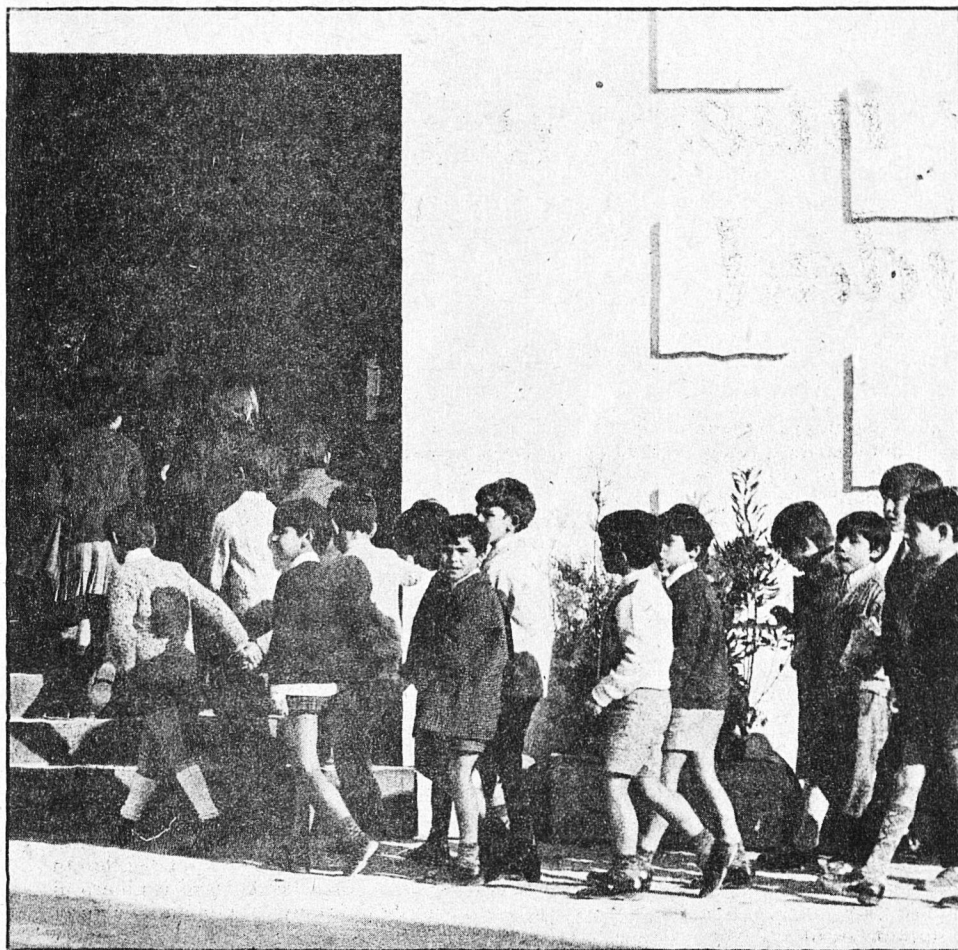
Me dicen que el "Centro Cultural Mallorquín", recientemente erigido en "paladín" del pueblo de Mallorca, por medio de la pluma de D. Jaime Martorell, es un nido de conservadores, de nostálgicos del "Ancien Régime". No lo creo en principio (casi por principios) porque es demasiado fácil (y temerario) acusar en bloque a una institución. Pero me veo sorprendido por una noticia, (aparecida en *Diario de Mallorca* junto a la que se refiere al Centro Cultural) en la que se menciona a un Jaime Martorell como integrante de la Junta Directiva (o como se llame) de los Círculos José Antonio. Si realmente se tratase de la misma persona (y espero que alguien lo confirme o lo niegue) habría que denunciar el hecho de que se comprometiera a una institución cultural con la ideología de un determinado partido; y deberíamos sorprendernos colectivamente de que la

"ideología" falangista, enemiga en su teoría y en su práctica (a veces sangrienta) de la realidad de Mallorca como nacionalidad, se haya convertido ahora en su defensora.

Vengo observando que, cuando entidades, personas, sindicatos y partidos (y no todos ellos de izquierdas precisamente) reclaman la formalización del uso del catalán en la vida pública, y su enseñanza en las escuelas, se elevan numerosas voces airadas, prestas a defender nuestra identidad amenazada por los "imperialistas catalanes" y los "pancatalanistas" locales. En una grave confusión, toman el continente por el contenido, el nombre de un idioma, por el idioma mismo. Y así, cuando se habla de enseñar el catalán, entienden que se trata de que nuestros hijos acaben hablando como si vivieran en el Empordà, el Priorat o el Barcelonès (que, por cierto, son comarcas del Principat que presentan notables diferencias lingüísticas entre sí). Pero lo curioso, a mi modo de ver, es que ninguno, que yo sepa, de quienes solicitan que se enseñe catalán en las escuelas de las islas piensa ni desea que sea el catalán de Catalunya el que aquí se enseñe. Por el contrario, explícitamente han indicado, en su mayoría, que el catalán de les Illes es una variante de un tronco idiomático común (como también son variantes el catalán de la propia Catalunya y el de València) y como tal, aunque con el debido rigor gramatical, ha de enseñarse en nuestras escuelas. Porque tampoco es catalán (ni "mallorquín") esa transcripción literal y libérrima que algunos hacen de nuestro lenguaje coloquial.

Pero hay algo más. Detrás del nombre de un idioma, hay quienes quieren ver el afán imperialista de Catalunya, un país que, ni históricamente fue opresor, ni actualmente, agobiada por miles de problemas internos (similares en gran medida a los que padece Mallorca) podría dedicar la atención a calenturientas ideas imperiales y sucursalismos ultramarinos. Yo pediría a esos mallorquines, tan aparentemente celosos de nuestra independencia, que indicasen un solo ejemplo claro de "imperialismo catalán" en las Illes. No vale, por supuesto, traer a colación la especulación capitalista que algunos catalanes realizan en nuestra tierra, porque entonces deberíamos sacar a escena a todos los especuladores de España y el extranjero que aquí se ceban. De lo que extraeríamos dos conclusiones: que el imperialismo capitalista catalán es minoritario absolutamente respecto al conjunto, y que nuestra dependencia, subdesarrollo y explotación no provienen de Catalunya, sino del capitalismo.

Hay otros, menos alarmistas, que simplemente consideran que la lengua que aquí se habla debe llamarse "mallorquín" porque presenta bastantes diferencias fonéticas y de vocabulario respecto al catalán del Principat (o al de Pompeu Fabra, que no son la misma



cosa). Aun sin entrar en la discusión sobre la validez de uno u otro nombre, quiero subrayar que no creo que sea opinable el nombre de una lengua, como no lo es el de una especie vegetal. Y así como, en el segundo supuesto, acudimos al científico, el botánico en este caso, deberán ser filólogos y lingüistas quienes determinen el nombre que, con propiedad, corresponde a nuestra lengua. En este sentido, observo que, no solamente nuestros expertos, sino otros tan poco sospechosos de "pancatalismo" como los académicos de "la Real" se han pronunciado por considerar la lengua de les Illes, de València, del Principat, la Catalunya Nord y l'Alguer como variantes de un idioma único: el catalán.

Recordemos, por si el paralelismo puede ayudarnos, que ningún norteamericano niega que su idioma es el inglés, y ningún cubano o peruano niegan que su idioma es el castellano (o el "español"), y ello a pesar de sus numerosas diferencias respecto al inglés de Gran Bretaña o al castellano peninsular, respectivamente, y a pesar del celo con que todos ellos guardan su independencia, lograda, no lo olvidemos, con sangre, sudor y lágrimas.

No creo, por otra parte, que sean una entelequia los llamados Països Catalans, si denominamos así a una comunidad histórica, cultural e idiomática. Pero el reconocimiento de esta realidad no implica en absoluto que

los Països Catalans sean también una comunidad política y económica, ya que, ésta sí, sólo podría existir si así lo tuviesen por conveniente las distintas partes implicadas y, obviamente, sólo sería aceptada si no existiesen protagonismos ni imposiciones de ninguna de ellas respecto a las demás.

Acabemos, pues, de elucubrar y reconozcamos, con toda la humildad de la inteligencia libre, que fácilmente se nos puede engañar y manipular, a todos, enfermos o convalecientes del gripazo dictatorial. Es preciso que analicemos con mirada crítica y despierta quiénes son (y han sido) los que hoy dicen defender a nuestro pueblo, y es necesario sopesar las distintas opiniones con el primer de un joyero.

Lo realmente grave, compañeros, es que, sea catalán o "mallorquin" lo que aquí hablamos, estemos o no colonizados, la mayoría de los habitantes de las Illes no sabemos escribir y hablamos mal nuestro idioma; la mayoría de los mallorquines apenas conozcan la historia y cultura de nuestro pueblo, la mayoría de los mallorquines no sepamos quiénes son los que se apropian de las riquezas de nuestra hermosa (y tan maltratada) tierra.

Y me temo que algunos disfrazados bajo las apariencias más engañosas, pretenden que sigamos siendo así.

Joanot Colom